

LA TRIBUNITA

DIARIO DE LA TARDE, POLITICO, NOTICIOSO Y COMERCIAL

SUSCRIPCION MENSUAL

Un peso mensual por adelantado

Redactor principal D. FRANCISCO MARTINEZ

NUMERO SUETITO

Un peso suetito por adelantado

Imprenta y Administracion

En el N.º 96 de Mayo, N.º 60 de la calle de Mayo

AVISOS Y COMUNICADOS

Hasta las dos de la tarde

ALFANAQUE

Sábado 9 de Octubre de 1869

MANANA Domingo 10 de Octubre de 1869

LA TRIBUNITA

MONTEVIDEO, OCTUBRE 9 DE 1869

Hipótesis que nada prueban

No comprendemos el móvil que puede inducir al Sr. Redactor de El Siglo a declarar tan obstinada guerra a la nota que el Ejecutivo ha dirigido a la H. C. Permanente.

Obras son amores, y no buenas razones: decían nuestros padres cuando alguno pretendía hacerles creer con doradas palabras que solo pretendían su dicha y su felicidad.

Nosotros hemos oído los gritos del Sr. Redactor de El Siglo pretendiendo hacer creer al pueblo que el Gobierno quería que no se hiciera efectiva la libertad del sufragio.

Ninguna razón aducía que demostrase la verdad de sus asertos; pero en cambio prodigaba las palabras que siempre tienen armonía en los oídos de las muchedumbres.

Afortunadamente para el pueblo, las ideas heterogéneas que bullen en el cerebro del Sr. Redactor de El Siglo como los insectos de un lago, han sido la causa de la falta de unidad que se advierte a primera vista en todos y cada uno de sus escritos.

Los mismos que ayer gritaban que el Gobierno no quería que se hiciera efectiva la libertad del sufragio, son los mismos que gritan hoy diciendo que el Gobierno viola la Constitución porque ha solicitado de la H. C. Permanente, que con el concurso de la H. Asamble General, den al art. 5.º del cap. 3.º de ella, la interpretación más justa y equitativa en armonía con las circunstancias de la época.

El Gobierno en esta nota dice que, según su leal saber y entender, es inconcebible que se prive a la mitad de los Orientales del derecho de ciudadanía, por la sola razón de no saber leer ni escribir, no habiendo estado en sus manos que de otra manera fuese.

Y en verdad que sería horriblemente injusto el que se privase del derecho de ciudadanía a los que si no saben leer es porque en sus pueblos no ha habido maestros, o porque los Gobiernos, saliéndoles al encuentro en el camino que conducía a la escuela, les han obligado a tomar un fusil o una lanza para que defendiesen la patria del extranjero agresor, o del sedicioso que quería hacerla presa de la anarquía.

El Gobierno, que, según el Redactor de El Siglo, quería que no se hiciera efectiva la libertad del sufragio, es el que pide que esa libertad se haga extensiva hasta los que se hallan en el caso que acabamos de explicar.

Qué lección tan admirablemente dada por el Sr. Presidente de la República, y tan justamente merecida por el Sr. Redactor de El Siglo.

El Siglo, que se decía el guardián de los derechos del pueblo, profetiza que el General Balle descenderá de su silla presidencial al banco de los acusados, por la nota en que precisamente solicita de quien puede hacerlo, que no pierdan sus derechos de ciudadanía los que no saben leer ni escribir, por no haber estado en manos de ellos el evitarlo.

El centinela que custodiaba los derechos del pueblo, es ahora el que hace a esos mismos derechos una guerra encarnizada.

Cuán bien sientan al Sr. Redactor las palabras con que encabezaba su primer editorial de ayer!

«¿A qué insondable abismo de estravios y de escándalos, nos conduce la impetuosa fiebre de las ambiciones humanas?»

Y es posible, preguntamos nosotros, que ese sol que no brilla sea el que pueda conducir con acierto la inteligencia de las masas por el sendero que conduce al conocimiento de sus derechos y de sus deberes?

Es posible que haya quien responda a su llamamiento, quien crea que un palo dorado es oro macizo, quien se imagine que son razones de buena ley las hipótesis que abundan en sus escritos y que si de algo son ricas es de una palabrería insustancial e insostenible, porque a nada conduce?

Seguros estamos—y ojalá estuviéramos tan seguros de nuestra salvación—que cuando el Sr. Redactor de El Siglo se encuentre solo en su gabinete, ha de reírse a mandíbulas batientes de la candidez de los que le escuchan como oráculo.

¿Cómo no ha de reírse de que se le crea cuando dice con mucho aplomo que el Sr. Ministro de Gobierno y su Presidente todo lo echan a un lado, desde la Constitución hasta el buen sentido?

¿Quién es el Sr. Redactor de El Siglo que se permite hablar de buen sentido, cuando son sentidos buenos los que le faltan?

¿Adónde dejó el buen sentido y donde tenía los ojos cuando no vio la contradicción en que incurria en un suelto titulado a Roma por todo diciendo que el Sr. Ministro de Gobierno y su Presidente, trataban de confiscar un Registro falso, después de haber el Sr. Ministro declarado que el Gobierno no pretendía coartar a ningún ciudadano el derecho de sufragio que le acuerda la ley fundamental del Estado?

—Lo mató con razón, dijo enfáticamente la joven.

—Con razón dijo el Rey cada vez más templado. Y quien os ha dicho que Lara tuvo razón para matar?

—Eso caballero, dijo Paloma, lleva su buen corazón en la cara, y quien tiene buen corazón no mata sin mucha causa para ello.

—Vos le amais, observó con acento singular el Rey.

—Y si yo le amara, ofendería por ello ni a Dios ni al mundo? Libre es el y sin empeño con ninguna mujer; libre soy y sin empeño con ningún hombre; pero él es un oncle, caballero y yo una pobre, rústica; un casamiento entre nosotros sería imposible, y aunque yo lo amara, nunca sabría que yo le amaba, un hombre que no podría ser mi marido.

—Sin embargo, dijo el Rey con un tanto de sarcasmo, estas verdades espesas os habrán visitado muchas veces en grata compañía con él.

—Ved lo que decís, señor, exclamó con altivez Paloma, porque el Rey no puede matar, pero no me puede obligar a que reciba una ofensa sin volverme contra ella.

—Con gran asombro de todos el Rey no se irritó; por el contrario, sonrió.

—Vive Dios! dijo, cuando muy pronto rompa ya por la frontera del Reino de Granada contra los moros, os echaré delante para que me los quebranteis, de manera que pueda yo vencerlos fácilmente. ¿Sabéis, mi buena hija, que a mí me llaman Don Sanchito el Bravo?

—Por mas bravo que seáis, señor, dijo con firmeza, pero si no os ois, Paloma, mas brava que vos sea la verdad, la razón, y la justicia, no os ois.

—Decidme, decidme, mi buena hija, contestó el Rey, ¿cómo habéis conocido a ese escapa-

do de mi justicia? Me place oírlo: sin ser nada mío, no parece sino que mi brava sangre corre por vuestras venas. Decid, con ese amor que tenéis a la verdad, todo lo que ha pasado entre ese hombre y vos.

—Señor, dijo Paloma, hace diez días, al caer la tarde, me volvía yo de la Fuen-Blanca con mis ovejas a la majada. De improviso, mi perro, Galán, que venía acariandome, se apartó de mí y se metió veteando por entre la espesura.

—Algo ha sentido Galán, dijo yo.

—Y me fui tras el perro.

—A poco, encontré un cervato muerto, al que faltaba solamente un pernil.

—Montero libro tenemos, me dije; pero que le acuso otro, o yo acuso a nadie.

—Y como oyes los leves gruñidos de mi perro, fui adelante, y a poco encontré dormido al pie de una encina, junto a una hoguera ya apagada y, teniendo junto a sí un pernil asado, al que faltaba una parte, un señor Montero de Espinosa.

—¿Cómo conocisteis vos que eso era Montero de los de Espinosa? dijo el Rey.

—Por sus ricos vestidos de boda y oro.

—¿Cómo conocéis vos el vestido de los Monteros de Espinosa?

—Yo, señor, he estado muchas veces en Madrid desde que está en la villa vuestra Señoría, y os he visto ir con toda la corte a la santa casa de Nuestra Señora de la Antigua. Yo vi a esos señores muy galanes que llevaban venablos de oro; pregunté, quienes eran aquellos señores, y me respondieron que eran los Monteros de Espinosa.

—Continuad, mi buena hija, continuad.

—El Montero dormido dejaba ver una gran pena en su semblante; yo me dije:

—Cuando este caballero está aquí, algo duro y terrible debe acontecerle.

—Pero no le desprecié.

—Únicamente cuando me volví, arrojé el cervato muerto en una espesura impenetrable, para que no pudiesen verlo los pastores que pasaran.

—¿Y por qué eso?

—Porque se hubieran puesto en acecho, por lo que al Montero le juro le hubieran cogido y lo hubieran ahorcado.

—¿Habían cumplido con las ordenanzas?

—Sí, pero yo no quería que eso caballero muriese.

—¿Y habéis seguido velando por él?

—Sí señor.

—¿Y no os habéis dado a conocer a él?

—No señor, hasta hoy que lo he visto en peligro.

—¿Y de quien os habéis servido para salvarle?

—Do mi misma.

—¿Ha pasado Lara por ese puente hecho con el tronco de un árbol, por el cual os se ha atrevido a pasar ninguno de mis Monteros?

—Eso calla allero! Tampoco se ha atrevido.

—¿Cómo ha pasado, pues?

—Lo he pasado yo sobre mis hombros.

—¿Y vos sois, exclamó el Rey con severidad, la que habéis dicho que la verdad puede más que yo?

—Amá he mentado, señor.

—Decid, si no embargo, que habéis pasado vos misma a Lara; ¿cómo ha sido eso?

—Lo he cargado sobre mis hombros.

—Ved lo que decís.

—¿Véis esa piedra, señor, dijo Paloma señalando una enorme que había cerca metida hasta la mitad entre la yerba.

—Y bien! ¿qué dijo el Rey.

—Paloma se inclinó sobre la piedra, la asió por uno de sus resacas, hizo un esfuerzo, la desencajó, la levantó, y luego, asisténdola con sus dos brazos la suspendió, y después la hizo rodar por la vertiente.

El Rey permaneció mudo de asombro algunos segundos.

Luego hizo dos pasos atrás.

Por último, se volvió al gran escudero que tenía su caballo, tomó las riendas, montó, volvió el bruto, y sin decir una sola palabra, se alejó egeado de sus nobles y de sus Monteros y de sus soldados.

Llegó al llano, puso su caballo al galope. Muy pronto la Montería real había desaparecido.

Pero no sonaban sus bocinas.

«Parecía que los perros habían comprendido la situación; porque no labraban.

—¿Qué os parece de esto, Infante don Juan? dijo al Infante don Enrique.

—¿Pareceme, contestó el infante don Juan? que Lara está perdonado.

—¿Y no os parece mas?

—¿Pareceme que hay alguna persona contenciada?

—¿Quiénes?

—Nuestra buena prima la reina Doña María.

—¿Cómo!

FOLLETIN

EL MONTERO

ESPINOSA

Manuel Fernandez y Gonzalez

TOMO PRIMERO

CAPITULO III

Una montería del Sr. Rey Don Sanchito el Bravo

Bravo

Bravo

Bravo

Bravo

Bravo

Bravo

Bravo

254—SARANDI—154

Frontitudo | Elsmoro | y Baratura!
Eulogio Alsina.

Todo a precios moderados.

Todo a precios moderados.